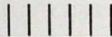


Confesiones periodísticas de Pascuas a Ramos



Por Nicolás SANCHEZ PRIETO

AUNQUE sea de Pascuas a Ramos, siempre es bueno confesarse por lo menos una vez al año o antes si espera peligro de olvido o entontecimiento progresivo. Por eso, yo me confieso con la señal de la cruz alcantarina y en la esperanza de que sirva de precedente, de ser predicador de auroras y paseante de mundos pluma al hombro y la ternura al pecho.

Para todo encuentro el mejor verso. Nunca pelearia contra nadie, a no ser con pasteles de crema. Si las ilusiones pesaran, me hubiera arruinado hace mucho tiempo por exceso de equipaje y sobretasa de ensueño. Yo inventé el «piensa bien»... y te quedarás corto, y el mejor de «piensa bien... aunque no aciertes», y el «toda la gente es buena... aunque se demuestre lo contrario».

Un día robé una campana, y me puse a rezar para que tocara sola a los oídos de la Policía: ¡asi no se volvía loca buscándola! Un sábado, por la tarde, enternecido ante un cerebro electrónico que no se paraba ni a tomar una cerveza—¡era un verano veranísimo!—me despisté de todos técnicos y escribí una nota, que la máquina expulsó, contentísima: «Mañana es fiesta...» Y otra vez, en una esquina india, se me durmió el brazo de arrancar un cartel de dura faz, donde leían los ojos, sin el más mínimo pudor nacional: «tres es bastante... «Yo lo arreglé lo

arreglé lo mejor que pude, con otro que gritaba en colores: «Donde comen tres... comen trescientos, ¡qué caramba!»

En París—¡oh, la, la!—estaban haciendo la operación «RESPIRAMOS POR USTED»—¡muchas gracias monsieur!—y me ofrecí de todo corazón y gratis, por supuesto—¡pues no faltaba más!—al señor Corredor, para que me colocara de aparato en el sitio donde se respirara con mayor dificultad, leáse disnea insuperable. Si me está leyendo aquél guardia municipal, a quien un día expectoré la bronca más gorda de mi vida, que me perdone con las dos manos... Pero es que no era menos, señor guardia de todos mis respetos: ¡mira que estar recitando una solemne multa, sin quitarse el bigote siquiera, al patín de un niño mal aparcado!... ¡El guardia que no sepa poner la sonrisa delante del entrecejo, debe ser suspendido de empleo y sueldo inmediatamente; he dicho!

Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato, pero pocos se preocupan por averiguar si le duele al prójimo (muchos ¡ay! se mueren sin saber si el prójimo tiene zapatos que ponerse...) Y nos pasa lo que cuenta Heine en «La balada de los guisantes»: que creían que el mundo era verde, porque nunca habían salido de su cáscara. O lo que se lee en «Los anales de Macao», donde se pinta la cara asustada de los indígenas ante la llegada de los colonizadores: «seres pálidos de pies inmensos». Pero yo me pregunto humildemente: ¿quién me dice cuál es la verdadera medida de los pies? El pie clásico es el pie griego, el pie de la Venus de Milo, que Dios guarde... Los pies de los japoneses son pies atormentados; y los del oso, despanzurrados. Hay quienes quieren presumir de zapato principesco, pero su pie es más grande, y por eso lloran. Y hay quienes para no llorar, obligan a pies humildes y resignados a enternecer sus zapatos de charol (Además de crueles en exceso, no son nada o ignales: ya Napoleón tenía un soldado exclusivamente para estrenarle los zapatos. Luego, claro, andaba por la vida como un gran triunfador, a costa de las lágrimas ajenas. Eso no vale. Así nunca hay manera de saber dónde nos duele el zapato...)

Lo que sí me gustaría es pertenecer a todas las tiernas comisiones de desarme nuclear habidas o por haber, hasta lograr que todos los técnicos tejieran madrigales en los ratos libres. Y no hacer, voto al cielo, más literatura que la que sirviera para descongestionar el alma. Siempre he tenido mucho cariño y santa envidia al sabio Einstein, porque, asustado de sus explosivos descubrimientos hasta la cal de sus

huesos, decía llorando antes de morir, lo mismo que un niño: «Si volviera a nacer... sería fontanero». Desde entonces, cuando me levanto y en su honor, rezo a Dios llorando, como un mocoso: «¡Hazme fontanero, Señor!»

No me gusta, pero que absolutamente nada, esa campaña dentífricamente espiritual: ¡Sonría, por favor! «Es de una miseria insultante: pedir sonrisas por favor, como si se tratara de un préstamo bancario: ¡a dónde hemos llegado. Señor! Sonría., ¡sin favor! ¡es tan hermoso! La gente tiene un concepto mostrenco del humor. Hay que conseguir que la sonrisa pueda a la risa, y lo humorístico a lo cómico. Un mundo que solo piensa en el cocido, será eternamente pobre. Pero un mundo en que sus gentes, al menos de paso, se paran a llevarse a los ojos un momento tan solo de color... es rico, muy rico. No hay que ser menos que golondrinas: cogen al vuelo las ramitas para hacer sus nidos. ¿Por qué teméis, hombres de bajo vuelo? ¿No váis a valer más que un par de oscuras golondrinas?

Me gustan los pueblos sin historias ni etimologías. Sin huesos que roer ni muertos que embalsamar. Sin vestidos de papel roto. Sin yeso desmoronado. Me gusta lo blanco ¡viva lo blanco! Me gusta la gente ¡viva la gente! Sí. Ya sé que es una canción. Pero hay que hacerla estribillo y rumiarla entre dientes como un mirto. (Por favor. He dicho mirto, no mirlo. Ni siquiera blanco).

Me encanta bautizar con monosílabos. Deportivamente. Libre de académicas epidemias. He perdido el respeto a las mayúsculas. He dado con la fórmula sin fórmula. Me chifla poner las malas noticias boca abajo y taparlas con el corazón. Cuando se apaga la luz, en vez de maldecir de la oscuridad, enciendo una cerilla y me pongo a silbar.

Todas mis cartas empiezan con «estupendisimo amigo»: de ahí para arriba. Y no saben terminar más que de una manera: «¡Muchas gracias por existir, amigo! Hasta en la piedra veo ternura de madera, como la Madre Teresa de Jesús en Beceras (¡y que ella me conserve así de linda la vista!) Como su Avila, yo también he puesto al odio un hermoso cerco, con un limpio vendaje de murallas escarchadas para las heridas. Una hoguera sonora de armonía marca todas las horas de mi sueño. Quiero dar atención al agua fugitiva y tiempo a lo eterno. Averiguar dónde está lo bello, y gritarlo sin miedo. Y ser la conciencia sonora del mundo que me rodea.

Ya sé que esto de amar y andar con los ojos abiertos por la vida es

el más bonito, pero más arriesgado, oficio. Por andar con la cámara al hombro, hurgando entrañas de ternura, han estado a medio metro del paredón el matrimonio Middolini, por el bello delito en tecnicolor de fotografiar unas instalaciones portuarias en Alejandria. Mejor les hubiera sido andar por el mundo con sus alforjas al hombro, atestadas de dólares, como Brody, el millonario que todo lo dá... Pero no todos tienen los dólares a grifo limpio. Cada cual va por el mundo con la alforja que Dios le da. Yo, que soy multimillonariamente pobre de todo, no sabiendo qué regalo podría hacerme en este año, me he regalado lo que tengo más a mano: contar a mis amigos de ALCÁNTARA mis pasos mal contados por el mundo de ternura, que es mi mundo. Mi moneda es tal, que cuanto más la gasto más me queda. Con Saint Exupery, «conozco el amor y sé que consiste en que ya no se hagan preguntas». Lo único que me importa es que este mundo, que es el nuestro, no sea la pared con que choque yo ni nadie, sino la puerta que lleva a otra parte...